

IV Domingo de Cuaresma (30-03-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas; querido Monseñor Timoteo Solórzano, obispo de la diócesis de Tarma; queridos hermanos tarmeños presentes:

Es un honor para nosotros recibir al Señor de Muruhuay, y este Señor, Jesús, que también se tuvo que apartar de su Padre, pero no para malvivir, sino para ayudarnos. Salió del Padre y regresó, primero, mueriendo, pero, luego, resucitando. El Señor Jesús, que está representado por la imagen del Señor de Muruhuay, nos hace ver cómo el Jesús ha pasado por las nuestras, e incluso, como dice hoy día la lectura, *el que no tenía pecado, Dios lo hizo pecado, para reconciliarnos con Él* (2 Cor. 5,17-21).

Y, en el texto de hoy, se nos recomienda a todos **dejarnos reconciliar con Dios**, por medio de Él y a través de Jesús. Qué cosa tan importante, ¿no?, porque la lectura dice textualmente: “*déjense reconciliar con Dios*”, es decir *por medio de Jesús*. Quiere decir que para reconciliarnos no tenemos que hacer demasiados esfuerzos, sino simplemente dejarnos llevar por cómo el Señor vino a nosotros, entró en nosotros y nos conduce.

Así, también es la vida: la recibimos gratuitamente y caminamos con una cierta conciencia de nosotros, pero el Señor sigue dándonos la vida porque es un don de Dios. Y la fe también es así: un don de Dios que nos conduce, nos lleva y nos orienta.

Cuando veíamos en las cámaras que ustedes traían al Señor de Muruhuay en los carros y en la caravana, era como que el Espíritu los guiaba, los traía Lima para enriquecer nuestra ciudad de amor, una Lima que, quizás, olvida a las provincias y las deja de lado. Pero las provincias le tienen cariño, para que la capital sea una capital servidora, que es lo que queremos hacer también de nuestra Arquidiócesis de Lima, una celulita, una llamita de fuego que encienda la solidaridad con todos los pueblos y que, aquí, en el en el lado central del país, todos estén para servir al país y no para servirse del país, como lo estamos viendo desgraciadamente en muchas autoridades. Y que también los limeños, a ve es ñor costumbres, no sabemos tratar y reconocer la maravilla de lo que somos y tenemos los peruanos.

El Papa Francisco nos dijo que hiciéramos del Perú un país de todas las sangres, cuando estuvo aquí. Y, ahora, nos reitera esto porque, justamente, en esta situación de enfermedad que, gracias a Dios, se está ya curando poquito a poco.

(Ustedes saben que, cuando da neumonía, el pulmón se hiere internamente y tiene que cicatrizar. Y eso es lo que demora y, según haya sido el nivel de ruptura interna, demora un poco. A mí me tocó vivirla y tuve 18 días, estaba más joven. También a él cuando lo operaron la primera vez, a la semana ya estaba bien. Así que hay que tener un poquito de paciencia.)

Pero esa paciencia es la misma que tiene el Padre Celestial.

En ese sentido, el Evangelio de hoy (Lc 15, 1-3.11-32), que hemos leído y nos estremece a todos porque está planteado de una manera tan profunda, que nos cuestiona a todos porque nosotros, al malandro, lo chancamos; al que se porta mal, lo corregimos con palo. O, como al picaflor tarmeño que, según nuestra costumbre, le cantamos: “picaflor tarmeño, ¿por qué pues pretendes picar a las flores que ya tienen dueño? ¡cuidado, cuidado! caigas a la trampa por enamorado”.

Siempre estamos alerta para chancar, ¿no? Nosotros tenemos que aprender también que, además de la vía de la corrección, hay, sobre todo, ***la vía del ancho corazón de Dios*** que Él quiere enseñarnos su amor desbordante, porque nos ha creado como sus hijos, porque es un Padre amoroso, y nos ama hasta el extremo, inclusive, cuando estamos lejos y venimos de forma interesada.

Esto fue lo que ocurrió con nuestro querido amigo, el hijo pródigo, que recapacitó y dijo: “He pecado contra el cielo y contra tí” ... ¡pero me muero de hambre!... Hay un interés también y, aun así, el Señor no tiene en cuenta nuestros pecados, nuestros intereses, porque somos sus hijos. Y, si somos hijos, somos herederos de su amor y, por lo tanto, estamos llamados también a ser hermanos y a no destruirnos.

Miren que el problema no solamente el del muchacho menor que era un pendenciero y un loco. También estaba el problema del hermano mayor, que se creía con una serie de derechos, como pasa hoy día también con los sectores más antiguos de la fe cristiana que nos dicen que no debemos

celebrar moviéndonos tanto ni bailemos, ni cantemos, sino que quieren una misa en latín que ni entienden, siquiera. Y, sin embargo, se cree la “divina pomada”. Esos hermanos también están llamados a sentirse amados de Dios y a cambiar, a acoger ese amor generoso que el Señor nos tiene.

El camino del amor de Dios es un camino, además, por esa razón, **gratuito**. No nos vamos a cansar de decir que la palabra “gracia” es “amor gratuito”, amor que no cobra, que no está mezquinando, sino que, por el derroche de abundancia de amor desbordante, convence al final a cada persona a seguir un camino lindo e interesante porque siente en ello la fuente del amor.

Eso es lo que pasó cuando, en esa roca que había en Muruhuay (no se sabe por qué reacción química o algo así), salió un rostro y una forma de cruz, en 1830, aproximadamente. Y, luego, entonces, alguien dijo: vamos a pintarle un cuerpo ahí porque es la base sobre la cual está el Señor. Digamos que era como una especie de la cruz de madera en donde, luego, colocamos la imagen del Señor.

Y aquí están ambas realidades. De hecho, está representada en la pintura, la parte de atrás es la roca en donde se formó el rostro y la cruz; y el resto del cuerpo que se pintó, a partir del rostro misterioso, y que ya ha permanecido durante tanto tiempo y que es signo del pueblo de Tarma, a través de Acobamba-Muruhuay y de la devoción del pueblo sencillo que reconoció la presencia del Señor en sus vidas. Y que, como nuestra imagen del Señor de los Milagros, en Lima, también se pintó en el muro. Y

hubo terremotos, pero nunca se quebró. Y eso nos dice que la fe que se basa en el amor gratuito de Dios es incombustible.

Y esa incombustible nos conduce a todos a decir que el fundamento de nuestra vida, que es ser hijos, es ser también hermanos. Y, por eso, las hermandades tienen hoy una misión, inclusive, la de ustedes: irradiarlas como forma de vivir entre los peruanos. Y, luego, irradiarlas como una forma de vivir en todo el mundo. Esa es una necesidad urgente hoy, porque hay una tendencia a la ruptura de las relaciones humanas, de amor, de hermandad.

La persecución a nuestros hermanos migrantes, el inicio de diversos tipos de guerras. En vez de atender la situación terrible que está viviendo el mundo por la destrucción de la naturaleza que, en estos días (como el terremoto tremendo que acaba de haber en Asia, en donde Birmania, Indonesia, se han remecido terriblemente y han caído edificios en segundos). Significa que estamos destruyendo aquella casa que el Señor nos dio, aquella casa colorida como Muruhuay, que el Señor nos ha dado. Y, sin embargo, la estamos oscureciendo, destruyendo, y necesitamos hermanarnos para solucionar juntos para hacerla recuperar sus colores. Y con el concurso de todos podemos ayudar con ideas nuevas, proyectando un nuevo mundo para esta sociedad que se está cayendo a pedazos en todas partes.

Es posible reconstruir este mundo sobre bases de amor fundamentales y, además, con todos los inventos podemos reordenarlos, no para que nos coman vivos, no para que la inteligencia que llaman “artificial” nos embrutezca, sino sea

una ayuda para generar iniciativas, ideas nuevas guisadas por el sentido que le damos buenamente los humanos.

Hoy día, esa lectura nos estremece porque el Señor quiere hacer una fiesta con nosotros. El término que está más presente en la lectura de hoy (ustedes después la van a leer en sus casas con tranquilidad) es “alegría”. La primera vez que pude escucharla cuando después de estudiar vine a Lima (este texto que lo había leído muchas veces), fue en una catequesis a los niños en la Tablada. Y leían el texto y los niños tenían que aplaudir cuando aparecía la palabra “alegría”. Y aplaudieron como diez veces, porque está lleno de alegría, porque había que hacer una fiesta.

Cuando cada uno, entrando dentro de sí, reencuentra al Padre y dejándose amar por él, aprende a amar como el Padre mismo ama; cuando, inclusive, el que estaba siempre con el Padre y hacia sus tareas, pero no se dejó penetrar por el Padre, y por eso envidiaba y tenía celos. Todas esas cosas terribles que tenemos los humanos, que son parte del pecado, el Señor las cura con la abundancia de su amor.

Hoy les damos gracias a Uds. porque, con la visita del Señor de Muruhuay a nuestra Catedral, sentimos la presencia del amor infinito del Señor que nos hermana, en este caso con Tarma y con mi hermano querido, Timoteo Solórzano, que siempre ha sido un obispo sumamente sencillo, dedicado, amable, sincero y compañero. No es tarmeño, pero ya va haciéndolo. Y ustedes lo van a nacionalizar tarmeño, ¿no?. Por eso, hermanos y hermanas, ahora, oremos al Señor con toda la intensidad del corazón.